



FRANCO Y EL III REICH

LAS RELACIONES DE ESPAÑA CON LA ALEMANIA DE HITLER

LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ



Luis Suárez Fernández

FRANCO Y EL III REICH

Las relaciones de España con la Alemania
de Hitler

PRÓLOGO

A sus noventa y un años, el profesor Luis Suárez Fernández nos presenta su último y, sin lugar a dudas, polémico libro. Miembro de la Real Academia de la Historia desde 1994, catedrático de Universidad con solo treinta y tres años y exdirector de la prestigiosa Escuela de Historia y Arqueología del CSIC en Roma, es uno de los historiadores españoles vivos más importantes. Sus trabajos sobre los Reyes Católicos, muy especialmente sobre la reina Isabel I, junto a sus numerosísimos trabajos de Historia Medieval le convierten en ganador el año 2001 del Premio Nacional de Historia, lo que le revalida como uno de los medievalistas más importantes del siglo xx y en un referente obligado para el estudio de la historia de España.

En 1976 emprende un nuevo camino en sus investigaciones, centrado en la figura del general Francisco Franco y en la larga etapa de nuestra historia en la que tuvo siempre un papel muy destacado. La Fundación Nacional Francisco Franco le abrió sus archivos a la muerte de Franco, con los que comienza la elaboración de una monumental biografía en ocho volúmenes titulada *Francisco Franco y su tiempo*. Nació así la más importante, documentada y extensa biografía escrita hasta aquel momento que fue publicada en 1984.

Cimentado en estos años de investigación el profesor Suárez siguió trabajando sobre la bibliografía y archivos dedicados a España desde la crisis colonial de 1898 hasta la muerte de Franco en 1975. De su pluma aparecen numerosas monografías —*Crónica de la Sección Femenina y su tiempo, Franco y la URSS, Franco y su época, Franco y la Iglesia, Nación Patria Estado*— que profundizan en estos

años y que le llevaran, tras nuevos años de investigación, a publicar en la Editorial Actas la que se puede considerar, hasta la actualidad, la más extensa y documentada biografía sobre el General español: *Franco. Crónica de un tiempo*, aparecida en seis gruesos volúmenes.

Como consecuencia de cuarenta años de investigación, ahora, Luis Suárez nos trae un nuevo trabajo sobre Franco y los años más cruciales de su régimen, sobre España y Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. Bajo el título *Franco y el III Reich* se nos presenta no solo una historia de las relaciones internacionales de España durante los años cruciales de 1939 a 1945 con Hitler, sino también una minuciosa reconstrucción del proyecto político que Franco estaba construyendo y que, como afirma Suárez, difería mucho de los estados totalitarios tan en boga en aquellos tiempos y de las vicisitudes que tuvo que superar para llevarlos adelante.

El profesor Suárez, en un alarde de independencia, rompe con las líneas predominantes en nuestra historiografía, de uno y otro lado, para presentar una visión meditada y casi «revolucionaria» que a todos sus lectores va a sorprender.

Trabajos tan conocidos sobre las relaciones hispano-alemanas durante la guerra como *Entre Hendaya y Gibraltar* de Serrano Suñer o los trabajos, ya clásicos, de Ricardo de la Cierva, Tusell y Viñas o los fundamentales libros de Klaus-Jörg Ruhl, *Franco, Falange y III Reich*; Raymond Proctor, *Agonía de un neutral*; Rafael García Pérez, *Franquismo y III Reich* o el, hace poco publicado, de Emilio Sáenz-Francés *Entre la antorcha y la esvástica, Franco en la encrucijada de la Segunda Guerra Mundial* no coinciden con el discurso histórico, polémico y combativo de *Franco y el III Reich*. Luis Suárez ha escrito una visión nueva sobre un tiempo, y unos hombres, distinta a lo que hasta ahora habíamos leído

y va a suponer, por quien lo dice y por lo que dice, una verdadera ruptura en la historiografía sobre el tema.

El académico Suárez se despacha a sus noventa años con un trabajo que no pasará inadvertido entre el cúmulo de libros y artículos aparecidos en los últimos años sobre el tema.

Luis Suárez Fernández

FRANCO Y EL III REICH

Las relaciones de España con la Alemania
de Hitler

la esfera  de los libros

ALGUNAS PALABRAS PREVIAS

Este ensayo es resultado de los análisis documentales que realicé en los dos primeros volúmenes de mi obra *Franco, crónica de un tiempo*; por ello recomiendo a mis lectores recurrir a ellos para comprobar tanto la base documental como la bibliográfica, evitando así repeticiones o desviaciones. Además de la documentación española, alemana y de otros países, que eficaces historiadores también han utilizado, disponemos aquí de los documentos que Franco conservaba en su despacho en el momento de su muerte. Mediante los papeles conservados en el palacio de Santa Cruz y los que, procedentes de la Wilhelmstrasse, fueron publicados por los aliados al final de la guerra, estamos en condiciones de explicar unos hechos tal y como sucedieron en la realidad, que es lo que importa al historiador, huyendo de cualquier clase de juicio de valor. No puede pretenderse juzgar sino explicar, permitiendo al lector estar informado: así fueron las cosas.

En las interpretaciones ahora dominantes, desde diversas ideologías políticas, se ha llegado a instalar en la opinión pública la tesis de que Franco fue una especie de satélite del Eje. Resulta importante, en consecuencia, clarificar algunos puntos: entre los dos jefes de Estado, el español y el alemán, había coincidencias y también disensiones. Esto es lo que nos ayuda a descubrir la importante documentación conservada: el Führer y su esposa se suicidaron en Berlín en el búnker, en el año 1945; el Caudillo permaneció en su puesto hasta su muerte por causas naturales en noviembre de 1975.

La más importante de las divergencias, según la documentación fehaciente, se halla relacionada con la religión:

Hitler era un materialista dialéctico, derivado hacia el racismo, pero el Holocausto tenía también derivaciones religiosas; Franco, católico practicante, se sometería a la obediencia del Vaticano, que fue además el primero en condenar doctrinalmente al nazismo mediante la encíclica de Pío XI significativamente titulada *Con ardiente angustia*. Y declaraba «neopaganismo» las nuevas corrientes ideológicas nacidas del materialismo dialéctico. La segunda, no menos decisiva, se halla en la forma que uno y otro pretendían dar al Estado. El totalitarismo había sido definido por Lenin como una forma de someter todas las dimensiones de la sociedad y el Estado al predominio del partido. Franco, al ejecutar esa especie de golpe que diluía a todos los partidos dentro del Movimiento, evolucionaba hacia ese modelo contrario que Linz define como autoritarismo; someter todas las opciones políticas al poder del Estado, en el que reside toda autoridad.

Hoy se muestra preferencia por definir al franquismo como una dictadura. Este es un calificativo que, a diferencia de Primo de Rivera, el autocalificado de Caudillo nunca empleó. Franco lo rechazó cuando se le propuso. El autoritarismo es mucho más que la simple dictadura contemplada en el derecho romano: concentró en su persona la Jefatura del Estado, la Presidencia del Gobierno y el mando del Ejército sin fijar límites en el tiempo, ni tampoco en el espacio, limitado únicamente por las Leyes Fundamentales que se fueron promulgando. Rechazaba los partidos y afirmaba que se trataba de retornar a una «monarquía católica, social y representativa». Algo muy distinto del Reich.

Una tercera diferencia hallamos en la guerra. Hitler la consideraba instrumento imprescindible para el establecimiento del Nuevo Orden europeo. Franco, desde su propia experiencia, la consideraba como un mal al que se tenía que acudir cuando no quedaba otro remedio. Por ejemplo

la declaraba lícita ante el expansionismo soviético pero veía un error en el caso de las potencias occidentales, que hubieran debido unirse para detenerlo. Por otra parte se tiene la impresión de que consideraba la victoria alemana como el fin de su propio poder; sería sustituido por dirigentes más acordes con las doctrinas nazis. De ahí el empeño en mantenerse al margen de la gran contienda.

La cuarta disyunción la encontramos en relación con los judíos. Se mantuvo la vigencia de la ley dictada por Alfonso XIII en el momento de la dictadura que permitía a los sefardíes obtener documentación española. Por eso, aunque el sionismo se puso al lado de la República, sefarditas y ortodoxos en Marruecos y Rumanía contribuyeron con sus fondos a la causa de los nacionales. La Iglesia, además, le hizo serias advertencias contra el antisemitismo imperante. Un compromiso doble al que se mantuvo fiel incrementando las ayudas conforme llegaban noticias del arrecio en la persecución. También los movimientos católicos españoles se mostraban preocupados: las dimensiones religiosas podían extenderse asimismo a sus correligionarios, muchos de los cuales sufrieron persecución del nazismo.

Finalmente hemos de tener en cuenta las cuestiones económicas. Hitler había intervenido en la Guerra Civil española no desinteresadamente. Al término de la misma Göring lo diría claramente: había llegado el momento de recoger el «botín», es decir, emplear la crecida deuda en la adquisición de empresas que permitieran control de minerales y otras materias primas. Una batalla que los colaboradores de Franco ganaron aunque solo parcialmente. Sobrevivía en 1945 parte de esta deuda de guerra y de ella se hicieron cargo los norteamericanos.

Otros muchos puntos de carácter personal van a ser descubiertos.

Era lógico que algunos relevantes intelectuales dentro del régimen estuvieran convencidos de que se acercaba, en el orden mundial, un cambio decisivo que liquidaba las reliquias del liberalismo y por ello era preciso «subir al carro de la victoria» antes de que fuera demasiado tarde. Franco no pensaba así. En Bordighera preguntó a Mussolini si no estaba arrepentido de entrar en la guerra. A lo que el Duce le contestó que sí.

No intento formular opiniones; si alguna se me escapa de las manos ruego al lector que no las tome en cuenta. Son los hechos los que importan y en ellos entran aciertos y errores que a las generaciones posteriores corresponde descubrir. Huyamos de las tergiversaciones que las ideologías políticas se ven obligadas a cometer. Es importante superar odios y rencores ateniéndonos a la verdad, que es la que nos hace libres. La Guerra Civil española puede presentarse como una especie de prólogo o ensayo para la Segunda Mundial. Aunque han pasado muchos años, sobreviven muchos de los puntos que la propaganda de uno y otro lado quisieron manejar. Solo los documentos nos permiten explicar los hechos «como sucedieron en realidad», según recomendara Von Ranke.

Se insiste en presentar el alzamiento militar del 18 de julio como resultado de una maniobra germano-italiana; antes de 1936 ya se calificaba a Gil-Robles de «fascista», ignorando que la democracia cristiana fue la más opuesta al fascismo. José Antonio Primo de Rivera, aunque recibió algunas subvenciones de Mussolini, se negó rotundamente a incorporar su Falange al fascismo, rechazando de forma contundente las invitaciones que se le hicieron. Había una razón de fondo en esta negativa en el catolicismo practicante del fundador, que moriría teniendo un crucifijo en sus manos.

En cuanto a Franco, el único contacto personal con Alemania se remonta a 1928. En su calidad de director de la Academia Militar de Zaragoza participó, entre los días 23 de junio y 7 de julio, en un curso para militares impartido en Berlín y Dresde. Era el momento en que la República de Weimar parecía consolidarse. Fueron en cambio muy estrechas sus relaciones con algunos altos mandos del Ejército francés, cuya insignia de la Legión de Honor llevaba en su uniforme. Debemos recordar que el partido al que Hitler se incorporó, dominándolo luego de modo absoluto, se titulaba Socialista Obrero Alemán, que coincide con el escogido por Pablo Iglesias para el socialismo español. El Führer añadió la N de nacional.

El general Von Seckt estaba entonces intentando reconstruir un ejército, fiel al Zentrum, reducido pero eficaz frente a las amenazas expansivas que venían del este. Esta era la idea que se comunicaba a los invitados de 1928. En sus notas posteriores Franco señala en el espíritu militar alemán dos grandes características: la férrea disciplina y la vinculación afectiva a sus oficiales, y sobre todo a su propio regimiento como parte de la Reichwehr. Pero, por otra parte, tampoco olvidaba sus vinculaciones desde Alhucemas con el Ejército francés y con el mariscal Pétain. En 1940 intervendrá, intentando que las condiciones impuestas a Francia por el armisticio fueran suavizadas.

En 1931 Franco estaba convencido de la ilegitimidad de la República, impuesta desde la calle y por medio de unas simples elecciones municipales en que los monárquicos tenían mayoría, salvo en las grandes ciudades. Sin embargo se mantuvo en su puesto, ya que no quería abandonar el Ejército en forma alguna. Un defecto semejante iba a señalar en Alemania: Hitler se haría dueño del poder mediante elecciones en las que no alcanzara mayoría absoluta y, desde él, destruyó a todos los demás partidos. Pero en aque-

llos momentos el Führer despertaba admiración en diversas partes del mundo; parecía haber descubierto el modo de superar la gran depresión. El 30 de agosto de 1933 Gil-Robles asistió como invitado a un congreso en Núremberg. Como diría más tarde, regresó muy asustado: allí se rendía culto a la raza y a la «voluntad de poder», dos términos que se hallaban muy lejos de la fe católica.

Es indudable que Franco, una vez convertido en jefe del Estado y dueño de todas las dimensiones del poder, iba a mostrar preferencia por Falange por encima de los otros sectores políticos que se habían sumado al Alzamiento. Desde el 13 de febrero de 1934 Falange se había unido a las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas (JONS) de Onésimo Redondo, lo que sonaba parecido a las siglas nazis. Algunos extremistas dentro de las JONS, como Ramiro Ledesma, y el eminente historiador Santiago Montero Díaz se mostraron contrarios a esa unión que parecía un giro hacia la derecha. Giro que Franco acentuaría más tarde al sumar el tradicionalismo al Movimiento. Según José María García Escudero, buen conocedor del tema, la mayoría de los dirigentes de Falange, de donde fue expulsado Ledesma, no quería identificarse con los totalitarismos que soviéticos y fascistas preconizaban. Ni el racismo, ni el abandono de la moral católica, ni la calificación de derecha o izquierda eran compatibles con su pensamiento. Pero la mayoría de estos dirigentes acompañaron a José Antonio en el camino hacia la muerte y fueron sustituidos por otros de tendencia distinta.

El 16 de diciembre de 1934, cuando España acababa de superar la revolución de octubre contra la República, se celebró en Montreux un congreso de partidos fascistas europeos. José Antonio se negó a asistir y envió esta nota a la prensa: «Falange Española de las JONS no es un movimiento fascista; tiene con el fascismo algunas coincidencias

en puntos esenciales de valor universal; pero va perfilándose cada día con caracteres peculiares y está segura de encontrar precisamente en ese camino sus posibilidades más fecundas». A estas palabras se referiría más tarde Franco al señalar las diferencias entre su Movimiento y los totalitarismos materialistas. En 1938, con el viaje del Führer a Roma —el Papa abandonó la ciudad para no coincidir con él— Alemania e Italia decidieron crear un bloque al que llamaron significativamente Eje. Ambas estaban participando activamente en la Guerra Civil española; también figuraban alemanes e italianos en las Brigadas Internacionales comunistas. En sus memorias Von Ribbentrop, destinado a ser embajador en Inglaterra y ministro de Exteriores, se refiere al primer encuentro con Hitler, que tuvo lugar en su finca de Dahlen en 1932 y significativamente señala que no hablaron de España: al futuro Führer le importaba ganar la amistad con Inglaterra, ya que veía en Francia y la URSS sus principales enemigos. Esto nos explica que en 1936, rechazando los consejos negativos de la Wilhelmstrasse, que consideraba el Alzamiento causa perdida, tomara la decisión de intervenir ayudando a Franco, que a su juicio parecía condenado a perder la guerra.

Para las izquierdas españolas las elecciones de 1933, que hicieron de la CEDA el partido más votado, constituyeron un golpe de sorpresa; ellas contemplaban la República no como una forma de Estado, sino como un régimen político que excluía a las derechas y al catolicismo. Y entonces, contando con el apoyo de separatistas en el País Vasco y Cataluña, provocaron la revolución de octubre, que fracasó. Franco, que asesoraba al ministro de la Guerra, recobró su prestigio en el Ejército y fue elevado a la Jefatura del Estado Mayor. Una propaganda política posterior le acusaría de represiones en Asturias; pero de hecho su intervención se había limitado a asesorar al ministro de la Guerra. Se trata,

pues, de un falseamiento. Pero en sus memorias don Manuel Azaña recuerda que consideraba a Franco como el más importante y más peligroso de todos los militares.

Corrientemente se califica al Eje y a los movimientos fascistas de ser la extrema derecha. Pero es evidente que el partido del Führer se declaraba socialista nacional, y no internacional como la Komintern, y Mussolini había comenzado su carrera política como secretario general del Partido Socialista, cuyas células se llamaban *fascios di lavoro*. Él cambió el nombre llamándolas *fascios di combattimento*, pero sin modificar su antiliberalismo.

Vicente Palacio Atard, uno de los mejores historiadores españoles de la última generación, recomienda poner mucha atención en los acontecimientos que se estaban produciendo fuera de España si queremos entender el significado del franquismo. Especialmente llama la atención sobre este punto: totalitario es aquel régimen en que un partido somete a su autoridad todas las dimensiones del Estado. Esto sucedió en Rusia, Alemania e Italia, pero no en España, ya que Franco invirtió los términos: sometió todas las corrientes políticas al Estado del que era dueño. Las izquierdas en cambio sostenían que a ella debían obedecerla todos suprimiendo a los disidentes. Italia conservó sin embargo la forma de Estado monárquica y por eso mantuvo relaciones estrechas con Alfonso XIII, que acabó instalándose en Roma, donde murió. Precisamente en Roma nacería el futuro rey, Juan Carlos I.

En 1935 tanto el Gobierno de Lerroux como la Wilhelmsstrasse definían como muy amistosas las relaciones entre ambos países: la derecha española interpretaba como favorable la llegada de Hitler a la Cancillería con apoyo del Zentrum. Se estaba desarrollando la industria. Así lo veía también Indalecio Prieto: el armamento que el capitalista Echevarría compró para él era de procedencia alemana; así se

demostró cuando la policía pudo embargar el vapor *Turquesa* en aguas asturianas. Al comienzo de la Guerra Civil también el Frente Popular enviaría agentes a Alemania para proveerse de armas.

José Antonio hizo un viaje a Alemania y volvió decepcionado: aquello no respondía a sus ideas ni a las de su hermana Pilar, que haría de la Sección Femenina una organización prácticamente católica. Sin embargo los jonsistas pensaban de distinta manera y al comenzar la Guerra Civil crecieron las admiraciones hacia el fascismo, y los agentes alemanes vieron en Falange un buen campo para la siembra del nacionalsocialismo. Franco se opuso a estas corrientes, pero defendió el falangismo. En sus discursos encontramos numerosas frases que proceden de Primo de Rivera.

Cuando en 1935 Franco se hizo cargo de la Jefatura del Estado Mayor Central descubrió serias deficiencias en el Ejército. Formuló un plan con el que, manteniendo limitado el número de soldados, podía instruirlos y armarlos mejor. Señaló tres países para hacer compra de armas, Alemania, después Estados Unidos y por último Inglaterra. El embajador alemán en España, conde de Welczeck, diplomático de la vieja escuela, recomendó atender los pedidos porque eran indispensables para mantener el orden interno y también favorecían a la industria germana. Los pedidos estaban sobre la mesa cuando se produjo la victoria del Frente Popular y en ella se mantenían aún en julio de 1936